

# Enseñar filosofía en tiempo de pandemia

JOSEP PRADAS

Una pregunta que se puede considerar un clásico en la enseñanza de la filosofía en secundaria es ésta: ¿para qué sirve aprender filosofía? O dicho de otra manera: ¿para qué sirve hacer filosofía? Las respuestas que solemos dar durante las siguientes clases tienen la intención de resaltar algunos aspectos que consideramos importantes en la actividad de pensar filosóficamente, como el desarrollo de una actitud crítica ante el mundo y la adquisición de unos instrumentos conceptuales útiles para discriminar, en los mensajes que recibimos de nuestro entorno, aquellos que son superficiales de aquellos que vale la pena tomar en serio. En pocas palabras, enseñamos a dudar, en tanto que nos reconocemos herederos de Michel de Montaigne y René Descartes.

En estos momentos, inmersos en una de las sucesivas oleadas del coronavirus, esta cuestión adquiere un sentido que no es cualitativamente nuevo, dado que seguimos insistiendo en enseñar a dudar, pero sí lo es en lo cuantitativo: ahora más que nunca hay que intensificar la vigilancia crítica ante la imparable sucesión de mensajes que recibimos. Son tantos los elementos que llaman nuestra atención que hay que ser enormemente cautelosos a la hora de realizar el más mínimo diagnóstico acerca de nuestra realidad inmediata, de manera que es muy probable acabar en un prudente escepticismo, en el ¿qué sé yo?

## Dudas razonables

Por ejemplo, sobre el origen del virus. La información circulante es ingente y extiende una sombra de sospecha sobre numerosos factores, actores, intencionalidades e intereses. Todo eso, además, acompañado de la desconfianza hacia el mundo científico, que ha caído en un descrédito sin precedentes, no sólo por haber fracasado en la principal misión de la ciencia (explicar y predecir) sino, sobre todo, porque no ha sabido imponerse a los intereses políticos cuando ha sido tan necesario. El público, o mejor, la audiencia (tómese en un sentido ligeramente despectivo) no entiende, sin embargo, que la ciencia no siempre puede explicar ni predecir, en cambio espera con impaciencia una vacuna salvadora, como si se tratara de un milagro. Olvida que los procesos de investigación son lentos y no siempre dan los resultados deseados, seguros y definitivos.

Es flagrante la carencia de cultura científica en la audiencia. Por lo general se ignora que, por ejemplo, la teoría de la relatividad está continuamente sometida a pruebas y que, en caso de no superar alguna de ellas, podríamos encontrarnos, en cualquier momento, con una crisis explicativa o predictiva. La audiencia sabe tan poco de nuestra realidad astronómica que da por sentado que la Tierra gira alrededor del Sol a pesar de que la experiencia, lo que pasa, lo que vemos, nos dice todo lo contrario. Lo admite, pero no sabe por qué sabemos que es cierto. Ignora que hay una prueba empírica de que

la Tierra gira alrededor del Sol, que data de 1725, cuando Bradley explicó el fenómeno de la aberración estelar de la única manera que podía explicarse: por el movimiento anual de la Tierra alrededor del Sol. Así descubrimos que nuestros jóvenes aspirantes a universitarios dan por sentado un asunto sin examinar sus fundamentos, un asunto importante, dado que vivimos sobre este planeta, pero que para ellos y la mayoría de nosotros pasa por superficial. Y no lo es. No porque nuestra vida vaya a variar demasiado porque la Tierra gire alrededor del Sol o no, sino porque el hecho de dar por buenas unas explicaciones sin más interrogación conduce a situaciones como las que vivieron quienes, hace unos quinientos años, plantearon dudas sobre la posición central de la Tierra en relación con el Sol: fueron perseguidos porque todo el mundo daba por buena esta explicación sin mayor indagación sobre sus fundamentos. Éste es el auténtico riesgo que acarrea educar a una sociedad sin el componente de la actitud crítica.

Son sólo dos ejemplos que ilustran en qué estado se encuentra la audiencia frente a las respuestas que la ciencia puede dar acerca del coronavirus. Frustración, por un lado (ante la falta de explicaciones), e impaciencia por otro (ante la tardanza de los resultados que conduzcan a una solución). De las dudas razonables se pasa a la exageración y a la exasperación en una audiencia demasiado acostumbrada a la rapidez.

No podemos, sin embargo, obviar las implicaciones mercantilistas y políticas presentes en la actividad científica. Todo lo que la esperada vacuna ha movido y removido en las últimas semanas está impregnado (más bien, envenenado) de intereses económicos y geoestratégicos, así que también sobre ello hay que extender la sombra de la sospecha. Las dudas sobre cuáles son las medidas de prevención más adecuadas han estado presentes desde los inicios de la pandemia, y no se han disipado con el tiempo. A día de hoy, nadie sabe con seguridad si llevar mascarilla en cualquier situación sirve efectivamente de algo, o simplemente se trata de una medida maximalista porque nadie está seguro de nada. Pero estas medidas maximalistas se explican también por el hecho de que la audiencia pide efectividad y rapidez en las decisiones políticas, cosa que en estas circunstancias es realmente imposible. Los políticos de cualquier signo están atados de manos ante un electorado atemorizado, caprichoso y dispuesto a dar crédito al primer gurú que ofrezca esperanza. Si en condiciones de *normalidad* los políticos no suelen estar a la altura de las circunstancias, ahora mucho menos.

## **Libertad y seguridad**

Byung-Chul Han escribió hace unos meses un esclarecedor artículo sobre el impacto político y social de la pandemia<sup>1</sup>. Entonces China había podido controlar la expansión de los contagios gracias a contundentes medidas de control social, impensables en Europa, pero aceptadas por una población culturalmente predispuesta a obedecer y a confiar en el gobierno y la comunidad. Entre nosotros, mediterráneos, sólo el miedo a morir entubados o a las multas nos hace obedecer; pero a la mínima mejora de los datos nos lanzamos a la calle a disfrutar de nuestras terrazas abarrotadas de gente comiendo, bebiendo y hablando (al parecer, conductas que favorecen el contagio). Estas diferentes

actitudes vitales van a ponerse a prueba en los próximos meses, pero vistos los resultados alemanes, el catolicismo-mediterráneo no ha salido tan mal parado como el luteranismo-centroeuropeo, ya que los alemanes han bajado la guardia en sus propias casas, en las visitas familiares, en un entorno *a priori* más seguro.

Todas las medidas que los gobiernos de cualquier país habrían querido implementar nos acercan a un horizonte político peligroso para los derechos civiles y las libertades individuales. Es la principal advertencia del artículo de Byung-Chul Han. Hemos visto aflorar la perenne obsesión de los gobiernos por controlar a la población y mantenerla quieta. También hemos advertido la constante incoherencia entre los diferentes niveles de la administración, y entre sus diferentes ámbitos, signo del evidente desprecio de los políticos hacia la inteligencia de la ciudadanía. Hemos aceptado restricciones a menudo arbitrarias por el miedo, porque la seguridad ha pesado más que otros factores. Ya somos testigos directos de que con un poco de miedo el sujeto político democrático se desvanece; más aún, llega a caer en actitudes poco ejemplares: policía de balcón, racismo, xenofobia, clasismo, populismo, etc.

### **Volvemos a las aulas**

Todo esto podría constituir un buen material inicial para pensar y hacer pensar a nuestros alumnos de filosofía. Ya hemos caído en la tentación de una propuesta didáctica. Pero no seamos ingenuos: detrás de toda propuesta didáctica hay lo que se llama el *currículum oculto*, que es la cosa menos filosófica que podemos poner sobre la mesa, además de corregir exámenes. No podemos dejar de ver, aunque a veces nos ocurre, lo que está ante nuestras narices y nos pasa desapercibido: que la escuela es una institución de control social, y que pretende logros que no se pueden confesar abiertamente y son asumidos silenciosamente por los docentes, a menudo sin advertirlo. Un breve ejemplo: una profesora de historia proyectó un documental sobre la escuela franquista, para mostrar las condiciones en que se daba la enseñanza en tal época; un alumno comentó después, a sus compañeros, contrariado: no he visto la diferencia entre aquella clase y la nuestra; estamos haciendo lo mismo; ella actúa igual que los maestros franquistas.

¿Los docentes de filosofía podemos permitirnos semejante contradicción (suponiendo que los de historia se la puedan permitir)? Sabemos que la escuela transmite (al menos, lo intenta) conocimientos, pero también ideología, aunque no lo reconozca públicamente. Es un proceso inevitable. La escuela es un mecanismo de control y orden social, y los docentes somos el instrumento de aplicación; y cuando la escuela quiere que su alumnado acepte la diversidad social actúa de acuerdo con un orden social y económico que ya se ha estructurado y adaptado a esa diversidad, e incluso la estimula. La escuela va a remolque de los cambios estructurales. Cuando el orden social y económico era monolítico, la escuela también. Sencillamente, la escuela y sus actores, los docentes, reproducen lo que impera en el sistema económico, con la esperanza de influir en los alumnos para que se adapten a éste y lo asuman como natural e inevitable: una estructura de horarios, unas normas que obedecer, una disciplina que

acatar, unos espacios los silencios, las sillas y las mesas, y ahora las mascarillas, las distancias, los protocolos, etc.

Asumimos todo esto. Pero los docentes de filosofía no podemos ejercer nuestra función sin pensar en todo aquello que hay detrás, y sin dejar de transmitir a nuestros alumnos algunas señales. Ciertamente, no conseguiremos cambiar nada. Sería como añadir un grano de arena a un montón de arena. Se trata sólo de una actitud que nos define como docentes de filosofía. Debemos mostrar una cierta conciencia de saber lo que hay detrás, lo que está oculto, y creer en la posibilidad de transmitir nuestra actitud crítica, de la que hablaba al comienzo. Una especie de contrapeso ante la demanda adaptativa de la institución escolar que ahora, en tiempo de pandemia, parece ser la consigna generalizada para todos: obedece y confía. La filosofía, de alguna manera, ha de transmitir otro mensaje, una alternativa: obedece las leyes, pero sospecha.

## **RÉPLICAS Y COMENTARIOS**

Temi Vives ha tenido la amabilidad de enviarme algunas interesantes sugerencias y objeciones en relación con mi reflexión sobre el papel de la enseñanza de la filosofía en estos momentos caracterizados por la pandemia y el confinamiento.

Creo que una de sus más interesantes réplicas se refiere al papel de la ciencia en este contexto. Yo había señalado la impresión de un cierto fracaso de la ciencia, tanto en sentido objetivo como subjetivo (en la opinión pública, en la audiencia, cuyas expectativas no siempre coinciden con las de los analistas y los filósofos). Definía este fracaso en tanto que la ciencia había fallado tanto en el componente explicativo como en el predictivo, que se suponen esenciales en la función de la ciencia. Son componentes que quizás no estén presentes en las expectativas de la opinión pública, posiblemente anclada en una idea más general, como la de saber. Se espera de la ciencia que nos diga qué está ocurriendo y cómo se solucionará el problema. Yo creo que en este nivel popular se entiende la ciencia como saber. Y pienso que incluso en este nivel ha generado dudas y desconfianza. Si nos atenemos a las últimas noticias sobre los posibles efectos adversos de la vacuna inglesa, esa desconfianza se palpa con mayor intensidad. Lo cual no significa que desde el ámbito científico no tengan una clara respuesta al asunto. Simplemente, desde este ámbito científico no se ha logrado transmitir confianza en las investigaciones y los resultados de las mismas.

Pero desde un análisis de mayor calado, hay que considerar esos elementos antes mencionados, explicar y predecir, como el principal compromiso epistemológico de la ciencia (Kuhn considera que estas dos funciones son determinantes en los cambios de paradigmas o modelos sobre los que se construyen las teorías, por ejemplo), compromiso que se ha visto cuestionado precisamente por la ausencia de explicaciones concretas (el origen del virus, las variantes, las medidas de protección frente a su transmisión, por ejemplo) y de predicciones acertadas (el comportamiento del virus en su transmisión, el resultado de las medidas de contención, los plazos de tiempo de contención). Por mucho que la ciencia haya conseguido *saber* sobre este objeto una

ingente cantidad de elementos, da la impresión de estar vacilando constantemente, a merced de unos movimientos que no puede predecir, sino que ha de esperar a que pasen para poderlos explicar. Esta situación se parece mucho a la que viven los economistas o los sociólogos, pero no encaja bien en lo que se espera de una ciencia natural.

El otro aspecto mencionado es la relación entre ciencia y poder. Admito que haya cierta responsabilidad desde la filosofía en cuanto al desdén de los políticos hacia la ciencia, pero creo que el problema de fondo estriba en la gran dependencia que tienen los proyectos de investigación respecto de los intereses políticos. Arendt recoge una queja de un investigador del MIT, en su libro *Sobre la violencia*, una queja que data de finales de los 60 pero que probablemente sigue vigente, sobre el hecho no fuera posible llevar a cabo ningún proyecto científico que no estuviese vinculado a la guerra. En la pugna entre valores morales y valores materiales, parece claro que vencen los últimos, bajo la forma de fondos y subvenciones. Los laboratorios que han fabricado las vacunas nos han demostrado este afán crematístico, alimentándose de fondos públicos para luego subvertir el orden de los intereses, y dejando en evidencia a los políticos. Se habla ya de “nacionalismo de la vacuna”, y en eso la gran responsabilidad de la filosofía consiste en no insistir demasiado en la crítica hacia los políticos y el corporativismo de la ciencia, y también en ser demasiado complaciente con las instituciones culturales dependientes del poder político y de sus lazos con el poder económico.

Estas implicaciones mercantilistas afectan a otras muchas actividades intelectuales, por supuesto, incluyendo a proyectos de investigación en departamentos de filosofía, pero también a artistas, arquitectos, poetas, músicos, pintores, cineastas, etc. La actual crisis de los estudios de humanidades es el resultado de una deriva mercantilista que ha alcanzado también a todos estos ámbitos del saber humano, no directamente comprometidos con la producción tecnológica. De alguna manera, la imagen del intelectual independiente de los vaivenes políticos ha quedado comprometida, al menos cuando se trata de intelectuales que pretenden cierto reconocimiento público y han de pasar, para lograrlo, por gurús del régimen de turno, o transigir con las exigencias mediáticas del momento.

En cuanto a la problemática relación entre libertad y seguridad, estoy de acuerdo en las dificultades para implementar un equilibrio entre ambas, pero creo recordar que mi reflexión pretendía poner de manifiesto lo fácil que resulta en la opinión pública hablar y exaltar la libertad, y luego, cuando aparece el riesgo, lo fácil que resulta aceptar que se limite. No sé si en unas culturas es más fácil que en otras, pero estoy seguro de que el miedo, si se canaliza adecuadamente, puede determinar cambios en las actitudes políticas de los ciudadanos, y sospecho que en las sociedades acomodadas es más fácil generarlo y extenderlo como una epidemia.

## Notas

1. Byung-Chul Han: La emergencia viral y el mundo del mañana, *El País*, 22 de marzo de 2020. Disponible *on-line*.